

Aida Romero Inglada

2º Finalista IV Certamen de Relatos Breves 'Historias de Vida'

La vida es un arcoíris que incluye el negro
Yevgeny Y.

Se había llevado los cálidos rayos de sol y la brisa de verano, el frío mordaz del invierno y el dulzor de las almendras. Su marcha, hacia un lugar insondable y muy profundo que desconocemos, había hecho del mundo un rincón triste y desolado, con tintes agrisados y un aroma amargo y pesado.

Ella había partido en una temprana primavera, cuando las flores de cerezo todavía eran diminutos capullos que anhelaban convertirse en pétalos de un rosa anacarado. El sol empezaba a despertarse de su profundo letargo, bañando el cielo de un color ámbar precioso. La estación prometía las riquezas más hermosas del Universo, un bálsamo aterciopelado de miel y amor que cubriría toda la tierra, desde el norte al sur, del este y al oeste, entibiando el corazón malaventurado de cualquiera.

Tal vez yo fuera una excepción.

Recordaba su sonrisa desdentada en aquel rostro precioso, con los ojos verdes como las aceitunas y el cabello de vino tinto. Un tímido sendero de pecas recorría sus sonrosadas mejillas hasta el puente de su nariz, cada mancha imperfecta era un símbolo de la más profunda belleza.

Corría por los caminos con los brazos abiertos; abiertos a la vida y a la luz, a cada fragmento que pudiera regalarle por diminuto que fuera. Su sonrisa se había convertido en mi melodía favorita, un estallido de notas musicales que convertían nuestro presente en un pedazo más claro, más limpio, más vivo.

Pero tuviste que llevártela tan joven, tan niña, que hubiera dado cualquier pedazo de mí para cambiarme en su nombre. Quisiste apagarla, aun cuando ella se resistía tanto de tu agarre; de tus brazos oscuros y helados, de tu sombra implacable y espesa.



Hasta aquel diecisiete de marzo, a altas horas de la noche, cuando las estrellas dormitaban en el cielo y la luna era una estrecha rodaja blanca que observaba el mundo a sus pies con curiosidad, conseguiste llevártela.

Ella, mi hija, permanecía en una cama de sábanas blancas y su tez había adquirido el mismo color. Su cabello cobrizo se había enfriado y había dos surcos profundos y violáceos bajo los ojos verdes. Y, aun así.

Aun así.

Continuaba sonriéndome de oreja a oreja, regalándome el amor más puro e incondicional que había conocido jamás.

El martes será primavera, me dijo entonces. Su voz era un leve murmullo. *Tengo ganas de plantar las flores que tanto nos gustan, y de salvar a los caracoles bajo la lluvia.* Cada palabra me rasgaba el alma en formas que no creía que fueran posibles. *Pronto podremos ir a hacer castillos en la arena... Me gustaría ver el mar una vez más.*

Las que quieras, le aseguré, consciente de la melosa mentira que salía de mis labios. *Las que quieras.*

¿Cuándo podríamos ir?

Su voz me deshizo como la mantequilla y las lágrimas empezaron a nublar mi vista. Cómo podía decirle que se estaba muriendo, que la viuda negra del cáncer la tenía entre sus garras envenenadas y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Dolía. Tan profundo. En mi corazón.

El martes, le prometí, con mis manos aferradas a las suyas, tan pequeñas y débiles como una hoja marchita del otoño. *El martes será el día perfecto.* Ella me sonrió aún más, los labios amoratados y de un azul pálido.

Papá, murmuró, *el martes no creo que esté aquí.*

El mundo entero se rompió en mil pedazos, la tierra se agrietó y los pájaros lanzaron un graznido aterrador. Se iba. Se marchaba. Ella lo sabía. Pero yo le seguía sosteniendo las manos, suaves y un poco frías, aferrándome a ella con todo lo que era, incapaz de dejarla ir.



Por supuesto que lo estarás, lloré. Lo estarás, repetí. En esta vida y en las siguientes. Una y otra vez. Iremos a la playa y caminaremos por la arena con los pies descalzos. Enmudecí cuando ella cerró los párpados. El martes, recuérdalo.

El martes, dijo mi pequeña, que todavía sonreía, pese a que se estaba muriendo.

Ese día no llegó jamás, aunque todavía visito la playa que tanto le gustaba todos los martes de primavera, sin excepción, y la siento a mi lado, sonriente y alegre, con la ilusión centellando por su piel mientras canta y baila y se agita y corre por la arena, riendo, gritando mi nombre, hasta convertirse en pura luz blanquecina.

La veo.

Y la continuaré viendo en esta vida y en las siguientes, una y otra vez. Un cálido martes de primavera, cuando las flores asomen tímidamente y el viento cante melodías olvidadas, caminaremos frente al mar, juntos de nuevo.